

A close-up, profile view of a woman with dark hair, wearing a black blindfold. She is looking upwards and to the left. The lighting is dramatic, highlighting her facial features against a dark background. The word 'FELLATIUM' is overlaid in large, bold, red capital letters across the lower half of the image.

# FELLATIUM

ULISES NOVO

# FELLATIUM

ULISES NOVO

*A Sheila Maldonado*

*“A veces no nos toca escoger cuáles son nuestros verdaderos talentos”*

Mad Men

## PRIMERA PARTE

**Exprésate:** a todos nos gusta saber que estamos haciendo un buen trabajo. Porque un buen trabajo aumenta nuestras ganas de continuar, nos excita y nos hace sentir sexis. Estamos al volante y queremos saber que vamos en la buena dirección, así que, si te toca recibir, no estés en silencio.

Exalta el buen trabajo que te están realizando y lo mucho que lo disfrutas. Aunque, en el caso del que está practicando la felación, las posibilidades de verbalizar lo bien que se lo está pasando son más complicadas.

Está claro que gemir, hacer ruidos con la saliva, con la lengua o con las manos, es la mejor forma de recordar que estás ahí y que te lo estás pasando fenomenal.

# 1

## Talking

### Anna para Claudia

“Te destrozaré la vida. Su perversión se convertirá en remordimiento hacia ti. Aunque está claro que, por lo que intuyo, aún no tienes esa percepción de las cosas.

Lo nocivo no tiene por qué ajustarse a lo que entiendes por nocivo. Perdona que no me maneje correctamente con la gramática. La cohesión nunca ha sido lo mío. Suspendí varias veces la asignatura de inglés en el instituto.

Tuve profesores muy malos y los libros de texto no son nunca un buen método pedagógico que digamos para aprender correctamente un idioma. Además, empecé a salir con un chico que me llamaba a todas horas. Un hijo de puta que se tiraba a todas las repetidoras del último curso. Debo decir, a su favor, que ostentaba una polla de caballo. Pero era un auténtico cabronazo. Como Dylan, que acabará destruyéndote.

Ten piedad de mí.

Yo no estoy a salvo. Ahora me dirás que estoy loca. Ahora te preguntarás a ti misma por qué demonios contestaste al Messenger, por qué quedaste conmigo en esta cafetería del centro, por qué pierdes tu tiempo con una mujer que toma antidepresivos y busca trabajo desesperadamente en otra ciudad.

No te culpo, pero ten piedad de mí.

Deja que hable. Deja que te guíe. No lo ves. Sé que no lo ves.

Te gusta todo lo que te hace. Cómo se maneja con los dedos dentro de tu coño mientras se la chupas con devoción en cualquier lugar.

Con Dylan, la intimidad es un mero accidente, ¿verdad? Pero algo así es estimulante. Perdona, creo que estoy abusando de tu confianza.

Te lleva al cine. Te invita a cenar. Crees que es el hombre que el destino ha elegido para ti.

Te destrozará la vida. Pásame la sacarina, por favor. ¿No tienes calor aquí dentro? Cada vez me gusta menos pintarme las uñas.

Ten piedad de mí.

¿No te gusta el café que te han servido? ¿Por qué me sigues mirando con esa cara?

Lo entiendo.

Has venido a escuchar la letanía de una perturbada.

Por esa razón, ten piedad de mí.

Y no se la chupes más, por favor. *Letanía*. He dicho *letanía*. ¿De dónde habré sacado esa palabra? Yo, que suspendía inglés en el instituto”.

## 2

### Fucking

#### Dylan, Claudia y una amiga

“Dylan deja que nos besemos despacio.

Ella sorbe mi boca un poco más. Es cierto que, si algo define a su amiga, son sus labios. Son puro fuego, aunque parezca un tópico.

Exhibe sus senos delante de mí, mientras su lengua me reta, pugna por ese hilo de saliva que no quiebra el aliento y que humedece el borde magenta de mis labios.

Me gusta esa clase de trucos. Tengo que aprender de ella. No he visto a nadie practicar una felación como esa. Dylan sabe que puedo superarla.

Me sobreexcita intuir que piensa eso. Reconoce en mí el estupor y el fingido asombro cuando me masturbo desde la cama. Todo lo que percibo inspira. Me inspira.

Esta nueva experiencia me ayudará con mi literatura, una literatura que aspira a ser espontánea, a llenarse de vigor y de madurez en la disección de sentimientos, una literatura de mayor complejidad, que ha de distanciarse de esas novelas “precocinadas” y corrompidas por agentes literarios y editores.

El cuerpo de su amiga se estremece. Sus dedos juguetean con los pezones de su rival, con los míos, cuando presiente que Dylan va a acercarse para participar en el aquelarre.

Con su mirada, lo invita a que lo haga cuanto antes.

Pero Dylan se niega. Quiere seguir contemplando esa forma que tenemos de deleitarnos, de buscarnos la una a la otra, deseosas y hambrientas, para demostrarle quién está más preparada, quién será capaz de lograr toda su



atención.

Sus labios son puro fuego, aunque parezca un tópico.

Me inspiran.

Sus cuerpos me inspiran siempre. Como me inspiran su pura desnudez y la franqueza con la que insinúan su interés de tener sexo conmigo. No voy a negarlo. Me gusta ponerme de rodillas y decir *gracias*.

Luego, nos reiremos de tanto teatro”.

### 3

## Talking

### Claudia para sí misma

“No sé si era cierto.

Era difícil entenderla. Me miraba a los ojos con la determinación de quien necesita ayudar a otra persona desinteresadamente. Pero yo no necesitaba que una ex, la ex de Dylan, nada menos, me dijera qué cosas debía hacer o no debía hacer con mi vida privada.

En otro tiempo, tuvo que ser una mujer muy atractiva. Tuvo que ser una zorra de las buenas, simplificando.

La depresión había hecho estragos en su rostro, en su cuerpo, en su manera de coger el vaso de plástico y llevárselo a los labios. Era una mujer descaradamente torpe y sin ninguna delicadeza. Habíamos quedado para otro miércoles. Insistía en revelarme la verdadera identidad de Dylan. Pero a mí me importaba una mierda quién era en realidad el tío al que me estaba follando.

No sé si hice lo correcto. ¿Qué es lo correcto en realidad?

Dylan. Su polla. Sus enormes testículos que yo muerdo con devoción cada vez que me lo ordena.

Dylan. Su polla. No me canso de repetirlo en mi cabeza.

Lo correcto son sus ganas de que se la chupe a todas horas, el temor a que pueda perderme, las conversaciones sobre literatura victoriana, nuestras películas favoritas. Cuántas veces hemos analizado el final de *Casablanca* o la aparición de Lana Turner en *El cartero siempre llama dos veces*.

Dylan. Su polla. La ternura de rozar su glande con mi lengua, dejándome atrapar por lo turbio que encierra un acto así, sabiendo que tú, foca, hiciste lo mismo meses atrás. Como tragar su semen. Yo no voy a ser derrotada como lo

fuiste tú.

Quizá ella no estuvo a la altura. Suena pretencioso. Lo sé.

Y, sin embargo, merecía la pena comprobar el deterioro de una mujer que tuvo entre sus brazos a alguien como Dylan.

No me dolía escucharla. Al contrario, debo confesar que era interesante, un auténtico trabajo etnográfico.

Era interesante comprobar el deterioro, olfatear su caída y escuchar un poco de las sesiones de terapia con su psicóloga de Bloomsbury.

Esa furcia parecía dispuesta a contármelo todo.

Le estaré eternamente agradecida. Mi madre nunca habría imaginado de lo que yo sería capaz de hacer con Dylan. Mi madre, esa madre que mató a mi padre con matarratas. Y yo lo vi todo. Fui testigo de las convulsiones, del vómito sobre mi ropa, del dolor de agujas en el centro de su estómago mientras ella, la loca, mi madre, una santa, seguía fregando los platos como si tal cosa.

Me he gastado una millonada en olvidar toda esa mierda, en ser una mujer nueva, en desarraigar ese pasado de mi cuerpo. No puedo ser una mujer sucia para Dylan. No puedo serlo de esa forma tan evidente. Ese pasado pertenece a una suciedad demasiado superficial, nada profunda, nada dañina. No hay nada de todo aquello de lo que deba arrepentirme. Las familias tienden siempre a la autodestrucción. Por esa razón, más de una como yo agradece las enfermedades. Dylan necesita que yo sea sucia de otra manera. No puede haber nada demasiado humano para follar con una criatura como esa.

Solamente me queda clara una cosa: te lo tengo dicho, no me hagas repetirlo, mamá, allá donde estés, los payasos son para el circo.

Todavía me cuesta imaginar que la indecencia y la falta de decoro sean tan promiscuas. Pero no conviene que indague. Hace años que dejé de vivir en la superficie.

No hay nada más inspirador para alguien que escribe que la encarnación de un ser destruido.

Una mujer que suplicaba piedad. Una mujer que ya no podía acceder a la polla de Dylan. Esa eras tú, querida Anna. Ese cartel es perfecto para ti, la

mujer que no pudo acceder a la polla de Dylan. Puedes insultarme desde tu tumba, pero lleva cuidado si, al abrir la boca, tus pulmones no se anegan de barro.

Eres la mujer que no puedo seguir accediendo a la polla de Dylan. Ni a sus enormes testículos.

Ya no puedo hacer nada por ti, ni siquiera puedo pedirte que escupas cada vez que te mires al espejo.

Odiarte a ti misma podría haber sido el principio de una reconciliación con el mundo, con su mundo, lejos de Dylan, lejos de la superficie, lejos del pasado. Pero qué importa eso ahora, si tu cadáver se está evaporando en el interior de un apartamento”.

## SEGUNDA PARTE

**Busca la comodidad:** si el que recibe no está en una posición cómoda, tardará mucho en alcanzar el orgasmo. Del mismo modo, una postura molesta para quien practica la felación se puede convertir en una experiencia buco-sexual horrorosa, dominada por la ansiedad de acabar cuanto antes.

Si vamos a estar arrodillados, un buen cojín será el aliado perfecto. Y, si nos tumbamos sobre la otra persona, procura encontrar una postura en la que no se entumescan las rodillas, ni el cuello sufra una contractura. Mantén el pelo recogido hacia atrás para que no se meta en la boca y cambia de posición siempre que puedas.

# 1

## Talking

### Anna para Claudia

“Me lo pidió solo una vez y yo accedí. Me bajé las bragas. Su mano derecha me tapó la boca. Escupió en mi coño. Una vez, dos veces, tres veces.

Y luego me pidió que rezara. Pero yo no sabía rezar. Dylan lo sabía, así que me giró con fuerza. Me empujó contra el coche. Obligó a que me abriera de piernas e introdujo su polla. Nos mirábamos. Pero, en realidad, no nos mirábamos.

Gemí porque sentí que me quebraba. Dolía. Dolía mucho. Su polla enorme me estaba haciendo daño. Era lo que ansiaba.

Ver el daño reflejado en mi rostro.

No solo el daño físico, sino también el daño que genera la impotencia, mi impotencia. No podía defraudarlo, amiga. Resistí.

Y cuanto más resistía, con más fuerza me embestía. Estábamos en mitad de un bosque. La noche acuciaba. No tenía miedo. El vapor de mis jadeos difuminaba su rostro. Le añadía más profundidad.

No sé si estoy empleando las palabras correctas, amiga. ¿Por qué eres mi amiga, verdad? Eres una mujer muy generosa al escucharme. No sé cómo agradecerte que pierdas tu tiempo conmigo.

No soy buena expresándome. Lo estás comprobando por ti misma. Por culpa de la imprecisión a la hora de redactar, suspendí varias veces la asignatura de inglés. Creo que ya te lo he dicho.

Pero ten piedad de mí. He roto todos los espejos de casa. No me gusta lo que veo. Fui reina del baile en el instituto. Follaba con frecuencia. Más de lo que nunca llegué a imaginar. Dicen que era buena en la cama. Tenía un buen fondo

físico. Natación varias tardes a la semana.

Una, dos, tres veces escupió en mi coño antes de metérmela.

Imagina después donde eyaculó. No sé si debería contarte todo esto. Quizá haya cambiado. Quizá sea otro hombre. Quizá fui yo la culpable de no saber entenderlo, de no darle lo que realmente necesitaba. Es tan difícil explicar esa clase de sentimientos, si es que a algo así se le puede denominar *sentimientos*, amiga.

Testículos enormes. Mucho semen con cada eyaculación.

Creo que estoy cruzando una línea que no debería cruzar. Ten piedad de mí. El bosque sigue allí. Y la carretera. Y los árboles que nos cercaban. El hecho de saber que todo sigue en el mismo sitio, inmóvil, sin apenas cambios, me produce escalofríos. No debería preocuparte con esta clase de mierdas, pero quiero quedarme tranquila. Quiero que sepas que nunca entendí los propósitos de Dylan, qué pretendía en realidad con aquellas maniobras.

Ten piedad de mí. ¿Sabes una cosa, amiga?

Mierda.

Se me ha olvidado de repente. Ah, sí. Pásame la sacarina”.

## 2

### Fucking

#### Anna con Dylan

“Tiro de su polla. Porque ahora es mi turno. Lo suplica con la mirada. Nos gusta encerrarnos. Nos gusta el morbo de saber que quizá no puedan rescatarnos del interior de este ascensor.

Usaré pocas palabras para llegar adonde me interesa. ¿Quién es Dylan? Gestor comercial que se follaba a una alumna de un máster de traducción, pero una noche le vomitó en los zapatos después de meterle la polla en la boca.

No se puede explicar de una forma más sencilla.

Me invitó a un café la primera vez. Y hablamos sobre películas y libros. Cuando citó a mi querida Sylvia Plath, supe lo que estaba buscando de mí. Tocó la tecla adecuada. Me cogió de la mano al final de la tarde. Un gesto bobo e innecesario, cargado de pretenciosidad.

Fue luego, en el ascensor, cuando me sugirió un beso rozando sus labios en mi nuca. Y yo no perdí el tiempo. No estaba dispuesta a quedarme en la superficie, donde a cada cosa se le atribuye volatilidad, así que fui directamente a su entrepierna.

Siempre me ha defraudado la proporcionalidad. No es el caso de Dylan. Tiene una polla de caballo. Es su polla y mi polla. Ahora es mi turno. No se resiste.

Lo suplica con la mirada. Lamer sus testículos antes de metérmela en la boca. Sentiré arcadas. Pero el placer debe ser siempre un placer extremo para ser *placer*. El morbo extremo no desaparece nunca cuando lo tengo cerca. La proporcionalidad me aburre. Quiero su pulgar en mi culo cuanto antes.

El pasado, mi pasado, se concentra en un bote de matarratas”.



### 3

## Talking

### Anna para sí misma

“No le he contado a Dylan nada de las conversaciones con su ex. No es necesario que lo sepa. Me dejaría. Estoy segura. Conozco su carácter.

Hoy ha aparcado el coche cerca de la iglesia.

Ha mirado la hora en su móvil. Ha silenciado alarmas y notificaciones. Yo salivaba. Sí, no voy a negarlo.

Aunque sé que todavía soy un aprendiz de escritora, quiero que mi literatura se caracterice por su proximidad al lector. Quiero dejar la poesía de lado.

El ornamento ensucia la realidad que expresan las palabras en un texto. El ornamento solamente es útil si hay detrás una intención de denuncia o de evasión. Pero yo no quiero evadirme de nada. Yo no quiero huir de nada ni de nadie. No quiero la poesía. El artificio esconde la crudeza de una realidad que a unos aborrece y a otros, como es mi caso, seduce porque está cargada de veneno contra la apariencia y la sutilidad. El Barroco ya pasó y ahora lo que pretendo es sincerarme conmigo misma, describir sin tapujos todo lo que siento y todo lo que me amenaza.

Un cáncer. Un ictus. Una hipoteca. Un hijo con minusvalía. Un accidente de tráfico.

Pero Dylan no es una amenaza. Creo que nunca llegué a entender de verdad a esa puta que quedaba conmigo cada miércoles. Había perdido un poco de peso y empezaba a usar maquillaje. Pero nada la iba a salvar de la ingesta masiva de antidepresivos y ansiolíticos, ni de las sesiones con su psicóloga, ni de ese declive prematuro que estaba padeciendo como si hubiese contraído la lepra.

Estaba muerta antes de que yo apretase el gatillo. Por lo tanto, lo que yo hacía cada miércoles por la tarde era hablar con un cadáver.

He comenzado a chupársela cuando Dylan me ha dado la orden. Tengo arcadas. He tenido arcadas. El silencio era absoluto dentro de mi cabeza. Me faltaba el aire. He escupido sobre su glande.

He escuchado cómo Dylan abandonaba la realidad. Tal y como hemos hecho siempre. Es chupársela y el mundo, nuestro mundo, no existe. Ni existe la amenaza. Ni el cáncer. Ni el mal de Alzheimer. Ni un ictus. Ni un paro cardíaco. Ni una embolia. Todo es paz y sosiego hasta que eyacula dentro de mi boca.

En ese instante, incluso, presiento que hay algo más profundo que el silencio al que damos forma al cerrar los ojos. Se trata de un tiempo y un espacio cargados de inmediatez, de luz.

Creo que, en este instante, no estoy siendo sincera. Ya estoy cargando mi prosa de metáforas de mierda. Puto Barroco. Puto Yeats. Odio a Yeats. Su influencia no ha sido una escuela. Ha sido un lastre. El mal no puede escribirse. El mal se experimenta. El mal se reza. El mal se calla, puto Yeats.

Me obliga.

Dylan me obliga. Usa siempre la misma frase. Y yo he tragado hasta la última gota.

Luego hemos regresado a mi apartamento. Y allí, frente al televisor apagado, a oscuras, me ha ordenado de nuevo que me pusiera de rodillas. Y yo, todavía húmeda, he hecho una cosa que esa hija de puta se negó a hacer.

Por eso, necesitaba los antidepresivos. Es todo más sencillo, perdedora.

Es todo más sencillo. Solo era necesario obedecer.

Obedecer y acatar el silencio, tu silencio, que se habría tornado en éxtasis”.

## 4

### Fucking

### Anna y Dylan

“Sexo rápido a media tarde y luego algo diferente por la noche. Así lo decide Dylan cuando deja de lado *Las olas*, de Virginia Woolf.

Le ha parecido una obra monótona, donde el lirismo ha desintegrado trazos de un argumento que se ha ido desdibujando lentamente según pasaba las páginas. Estuvo a punto de ser profesor de literatura inglesa, pero sus inversiones en patentes de plástico vegetal empezaron a generar beneficios. Luego vino la gestión de hoteles y la compra de una patente para encriptar aplicaciones para móviles.

No piensa leer nada más que le recomiende. Volverá a Cristina Lauren. Al menos le permite masturbarse en su despacho cuando yo imparto mis clases en la universidad, unas clases soporíferas, donde los alumnos de segundo curso dormitan bajo los sedantes efectos de mi voz; una voz que Dylan considera poco apta para la docencia, carente de fuerza, nada entrenada para la entonación. *Si llevases ropa ajustada y más escote, los alumnos amarían a Virginia Woolf y al todo jodido grupo de Bloomsbury*, me suelta cuando me desprendo de mi sujetador.

Alguna vez se ha dejado caer por la clase y sé que los coños de algunas alumnas se han abierto como flores de gazania.

*Es una puta mierda. No sé hasta qué punto puede llamarse algo así “novela”. No sé cómo me haces perder el tiempo con esta diarrea mental. Tampoco puedo esperar mucho de una mujer frígida con ínfulas de Ofelia,*

susurra Dylan mientras arruga la última página con desdén.

Me seco después de una ducha rápida. Escucho la respiración entrecortada al otro lado de la puerta. Se está masturbando. Le gusta masturbarse primero. Solo. Dejo que mi cuerpo se eleve. Camino hacia Dylan. Me exhibo delante de él. Y no hay beso en la boca, sino la intención de follármelo con fuerza tras pronunciar un nombre. Dos sílabas. “Sara”, “Diana”, “Katty”, “Anna”. ¿Qué importa?

Le encanta que camine despacio con los tacones hasta la cama. Un sendero de luz, de placer futuro, mientras la ciudad hierve de imágenes afuera. Se fija en mis pechos. No hago nada para intentar provocarlo.

Dejo que sea él, dejo que hunda su lengua entre mis piernas. Es lo que quiere. Y yo también. Lo ha escrito más de una vez en una servilleta, mientras tomábamos cerveza en un pub y sentíamos que algunas parejas nos miraban con morbo.

Su lengua apunta en el lugar exacto.

Arqueo mi espalda. Mis piernas lo envuelven. Necesito que no pare. Necesito elevar un poco más las caderas. No solo lo siento, sino que lo imagino; su lengua me está lamiendo el coño.

Y lo hace cada vez que se lo pido, cada vez que escribe las mismas líneas en una servilleta para que camine hasta este hotel con ganas de tocarme en público.

Luego me tira del pelo para llevar mi boca hacia la suya. Me penetra. El vacío me absorbe. El silencio se transfigura en una línea que se sostiene frente a mí, cuando abro los ojos y me digo a mí misma: *Falta algo. Falta algo muy importante. Su polla en mi boca.*

Sus ganas de follarme la boca.

De indagar en la profundidad que me hace distinta a todas las furcias que han entrado en esta habitación y se han secado con las mismas toallas”.

## TERCERA PARTE

**Manos arriba y abajo:** si estamos practicando sexo oral, debemos recordar que nuestros dedos pueden ayudarnos a dar placer más allá de la boca: desde pechos, muslos, glúteos o testículos hasta la zona de la próstata o de la vagina, según sea el caso. También si estás recibiendo, acaricia su cabeza, su rostro y, por supuesto, todas las zonas erógenas que encuentres a mano. Participa.

# 1

## Talking Anna para Claudia

“Compraba kilos de tomates.

Bebía zumo de tomate a todas horas, amiga.

Almacenaba sopa de tomate en su despensa.

Porque el tomate, según había leído en una entrevista a Peter North, ayudaba a la fabricación de esperma.

Dylan admiraba a ese tipo. Me obligaba a ver sus vídeos. Me preguntaba si él lo superaba en cantidad y en potencia. Si te soy sincera, creo que llegó a superarlo.

Peter North eyaculaba sobre los rostros de las actrices como si glaseara donuts. ¿Sabes a quién me refiero, verdad?

No sé si Dylan seguirá haciendo lo mismo. Quizá ha encontrado otra manera de incrementar la cantidad de semen. Algún otro alimento. Alguna terapia. En las revistas de moda, se leen a veces artículos muy interesantes sobre hiperestimulación seminal.

Creo que debo dejarlo aquí. Hoy estás muy callada. No sé si he dicho algo que pudiera ofenderte. Solamente trato de prevenirte. No sé cómo sigues acudiendo a nuestra cita. Eres una mujer valiente. O una mujer sensible con la desgracia del prójimo.

Hoy estás muy callada.

Yo también he dormido mal. Por esa razón, no he tomado el café.

Este zumo sabe amargo. Le falta azúcar. O miel. O alguno de esos aromatizantes que ponen en riesgo la salud de los fetos.

Me estoy yendo por las ramas. Ya sabes que no estoy bien.

Dylan me destruyó, amiga. Sujeto y predicado. ¿Te importa pasarme la sacarina? A ver si este mejunje es digerible. Perdona que te haga perder el tiempo de esta manera.

¿Puedo preguntarte algo personal? Bueno, déjalo. No importa.

Gracias por ser tan generosa.

Por cierto, ese vestido te sienta mejor que el de la semana pasada. No había pensado que un verde pistacho podía resaltar tanto tus ojos oscuros.

¿Te ha llevado al bosque? ¿Te ha hecho daño al meterte la polla? Perdona, no quería ser tan indiscreta. Creo que es la medicación. Ten piedad de mí, por favor.

Mierda, no queda sacarina. Háblame de tus padres ¿Viven todavía?”.

2

**Talking**

**Claudia para sí misma**

“Me encanta cortarle el tomate.

Me encanta saber que generará más esperma gracias a las sopas y a los zumos.

Me gusta acompañarlo mientras sorbe del vaso.

Escuchamos música.



John Coltrane o Cucho Valdés. O algún DJ con casco de motero.

Me mete la polla en la boca.

Me gusta que eyacule.

Es el tomate que yo corto para él. Es el jugo de tomate que compro en el supermercado para que su semen se nutra de vitalidad y proteínas.

Nunca entendí a esta furcia.

Nunca entendí por qué hablaba de Dylan de esa manera.

Es cierto que su sintaxis era poco creativa. Poco compleja. Su conversación estaba llena de aspavientos.

Era una bruja. Su cuerpo pertenecía a la Edad de los metales. Era un cadáver. Era un fósil. Ella no sabía cuánto disfrutaba yo cuando Dylan me forzaba a chupársela de rodillas en cualquier lugar.

Una vez lo hizo en el cementerio.

Y yo accedí. Porque me limito a obedecer y obedecer, aunque parezca mentira, es una forma de conocimiento.

Me gusta que el tomate de sus ensaladas sea fresco. No es fácil encontrar tomates en esta ciudad, especialmente si vives en el centro donde todo está envasado y plastificado con una eficacia que podía calificar de *feroz*.

Me gusta que eyacule abundantemente. Que supere al mítico Peter North.

Me gusta que me duelan las rodillas.

Significa que yo le pertenezco. Mejor así, que pertenecer a una depresión, a los consejos fríos de una terapeuta que mira por encima de sus gafas el despojo en que se ha convertido una mujer; esa mujer que suplicaba delante de mí, cada miércoles, mientras el Starbucks se llenaba de adolescentes y universitarios con ansias de masturbarse como mandriles una vez que se encerraban en sus habitaciones y la oscuridad los apartaba de la civilización.

No me equivoco. Nunca me equivoco.

Dylan, te amo. Mataría por ti.

Ya he comprado tomates para la cena.

La saliva no me cabe en la boca. Nunca usaré el matarratas con alguien como Dylan”.

**3**

**Talking**

**Anna para Claudia**

“Me obligaba a ver vídeos de Peter North. Sábado por la noche. Yo no sabía

qué decir. Yo no quería defraudarlo, amiga. Porque, después de este tiempo, somos amigas, ¿verdad? Nunca he tenido alguien con quien sincerarme.

Mis tetas y mi coño solo buscaban amistad.

Algunas compañeras de clase de la universidad me regalaban libros. Cioran. Huxley. Mary Shelley. Iba haciendo mi pequeña biblioteca gracias a su generosidad. Escribían dedicatorias cariñosas y colocaban marcapáginas perfumados entre las hojas.

Luego me metían la lengua en la boca y yo me dejaba. Una furcia. Era una furcia. Por esa razón, Dylan dio conmigo. Mi fama se iba extendiendo por el campus. Me regalaban libros. Me invitaban a sushi. Luego, me comían el coño en su cuarto. Y yo me dejaba.

Pese a aquellos libros, pese a mi devoción por algunos autores como los que te he citado, suspendí inglés. Mi cabeza nunca ha sido capaz de asimilar esquemas ni párrafos demasiado largos.

No sé cómo me concedieron la beca. Te estoy aburriendo, perdona. Pero debes tener paciencia conmigo. Un poco más de paciencia. No quiero hacerme de ilusiones, pero sé que alguien como tú, alguien que está feliz con Dylan, nunca me comerá el coño como hicieron mis amigas.

*Amigas. Amigas.* No sé cómo llamarlas. No sé demasiadas cosas en realidad. Solamente que Dylan me obligaba a ver vídeos de Peter North y de una tal Belladonna que se tragaba las pollas de dos en dos. Aquello no era una boca. Era un túnel. Mejor, creo que era una boca de metro.

Perdóname si estoy siendo grosera. Aún no sé qué significa el concepto de sutilidad. Sé que es un sustantivo. Sé. No sé. Saber. No saber.

Quizá deba callarme durante un rato. Quizá deba escucharte. Me gusta ese jersey azul que llevas hoy. He observado que tienes buenas tetas. A Dylan le gustan las tetas gordas. Lo habrás notado. Pero lo que más le gustan son las felaciones. Tu boca es preciosa. Tienes unos dientes perfectos. ¿Por qué estás tan callada? Podríamos ir de compras. Podríamos celebrar nuestra amistad de algún modo.

Solo te pido una cosa.

No me metas la lengua. No me comas el coño. Puedo prestarte un libro de Cioran. Me gusta mucho *Ese maldito yo*. Hay frases espléndidas. Qué pena que yo no sepa escribir como el rumano. Es único. Nadie sabe escribir como Cioran.

Sé. No sé. Saber. No saber.

Más o menos venía a decir algo así en un momento de ese libro: *Para engañar a la melancolía hay que moverse sin tregua. En cuanto nos detenemos, ella se despierta, si es que alguna vez se adormeció realmente. Toda victoria es más o menos una falacia. Sólo nos afecta en la superficie, mientras que las derrotas, por muy pequeñas que sean, nos hieren en lo más profundo de nuestro ser.*

¿Te gusta la polla de Dylan? ¿Te gusta acariciarle los testículos mientras eyacula?

Me estoy excitando. Perdona. No quería ser grosera. Pero hay algo en ti, amiga, que me reconcilia con la serenidad. Y la serenidad me da la oportunidad de ser yo misma.

Aunque no quiero que pienses que soy una mujer que va echando polvos a quien primero se lo propone. No, ahora no. Antes, quizá.

Cuando, en la universidad, me comían las tetas en los aseos o me follaban entre varios en el jardín del campus, en plena noche, mientras todo se inundaba de silencio.

Y yo entonces despertaba en otro mundo.

Luego, toda esa mierda pasa factura.

Los antidepresivos me secan la boca.

Necesito agua. Y que pongan música. Hace calor, ¿verdad? ¿No te vas a comer ese trozo de pastel?

Qué pena. Ahora, cuando salgamos de aquí, te llevaré a una boutique. Quiero regalarte algo. Me apetece mucho. Me estás ayudando más que mi psicoterapeuta. Otra puta. Alguien que se habrá hinchado a comer coños en la universidad. O a chupar pollas. Seguro que se comió la de Dylan. No te ofendas. Me callo ya.

Sabiendo que te sienta tan bien ese jersey, no podrás decir “no” a lo que voy a regalarte. Ten paciencia conmigo. Ya no se trata solo de tener piedad, amiga”.

## 4

# Fucking Claudia y Dylan

“Le excita que no pronuncie su nombre. Abro las piernas. Las cámaras están grabando lo que hacemos. Le gusta que el vigilante pueda vernos. No quiero perderlo, así que no puedo hacer otra cosa que obedecer.

Dejo que me coma el coño lentamente sobre el capó de su Ford. Ayer lo hizo sobre su Maserati. Hay estudios que asocian la evolución de los orgasmos al poder adquisitivo del otro. Y no voy a ponerlo en duda. Yo soy la prueba. Yo, yo, yo... Dylan tiene una polla enorme.

La ropa interior es historia si me subo a su coche. Le suplico que lo haga así. Despacio. Inundando de saliva mi clítoris. Descargando el calor de su aliento. Y dejo que me coma el coño con un ritmo acompasado mientras la oscuridad inunda mi cuerpo.

El eco de mis gemidos recorre el aparcamiento. Segunda Planta.

Y él jadea. Apenas toma aire. No sé cómo puede aguantar tanto. Cuando estoy a punto de correrme por segunda vez, le suplico que se emplee con más fuerza. No reniega. Obedece como obedezco yo cuando me mete la polla en la boca y susurra: *Cómeme los huevos*.

No puedo escapar de este círculo. Mi coño lo necesita. Mi coño suplica. Está húmedo siempre. Y luego, viene su lengua. Su lengua dentro de mí. Como la oscuridad. Como su polla abriéndose paso en mi boca. No hay nada malo en todo esto, por mucho que esa furcia, que decía ser mi amiga, vomitara una y otra vez después de cada ingesta de pollo frito.

¿Adónde vamos a ir a parar?

Deberían cerrar todas las cafeterías de Londres en memoria de mi amiga, la foca, la furcia, esa lectora compulsiva de Cioran.

¿Adónde vamos a ir a parar?

Tengo frío.

Tengo hambre.

Puedo ponerme encima de Dylan y esperar a que la tormenta regrese”.

## 5

### Talking

#### Anna para Claudia

“Putá. Eres una puta. Te dejaste comer el coño y las tetas en la universidad por otras tías. Entiendo que Dylan te dejase. Entiendo que Dylan te juzgara. Alguien como tú no debería vivir. Alguien que no se la chupa a alguien como Dylan debía desaparecer de la faz de la tierra.

Me daban ganas de apalearte cada vez que quedábamos. Eras ambiciosa. No dejabas de comer delante de mis narices. Pancakes. Muffins. Rollos glaseados. Pastelillos de coco. Foca, puta foca.

No pensaba contarte lo que me hizo Dylan antes de que yo llegara más tarde de lo previsto a nuestra segunda cita.

Entró a casa. Dejó la gabardina. Me miró a los ojos. Y yo los esquivé. Me fui al salón. Me senté en el sofá. Yo sí que sabía lo que tenía que hacer. Estaba tenso. Muy tenso. El bulto de su pantalón estaba a la altura de mis ojos. Mordí la tela. No llevaba ropa interior.

Me encanta que sea así de cerdo. Yo sí que sé obedecer. Sacó su polla. No puedo recrearme en los detalles porque no quiero que me imites allí donde estés.

Me obligó a que me la metiese hasta el fondo de la boca. Aguanté la



respiración y luego comencé con el ritual. Y todo quedó en suspenso. Nada existía a nuestro alrededor.

No fue suave. De hecho, no le gusta que sea suave. Es cierto. No me cansaré de repetirlo. Tiene una polla enorme. En mi agenda de *Mr. Wonderful*, no dejo de escribirlo: *Tiene una polla enorme, tiene una polla enorme, tiene una polla enorme,...* Deberías haber aprendido de mí y no de Cioran, ni de toda esa puta mierda de escritores que han llenado las consultas de los psiquiatras.

Habría que quemar todos los libros. Hay que agradecer tanto al nazismo. ¿De qué te ha servido leer al jodido Cioran y a la frígida Shelley? Tus compañeras de pupitre en la universidad te comían el coño. Te sobaban las tetas. Te compraban libros para mojararte las bragas. Para mojararte las bragas.

Eso son amigas de verdad, como que me llamo Claudia. Una persona como tú no podía sobrevivir en este paraíso. Aquellas amigas eran la mayor expresión de la sinceridad. Ojalá hubiese tenido amigas como esas. Me habría dejado comer las tetas y el coño a todas horas.

Habría mandado a la mierda mis asignaturas de Gramática Histórica e Historia de Inglaterra. Hoy tengo que pagar para que me coman las tetas. Menos mal que he encontrado a Dylan.

Menos mal que Dylan tiene una polla enorme. Menos mal que no he perdido el tiempo leyendo a Cioran y a toda esa estirpe de poetas y filósofos que, con una mano escribían sobre Dios y, con otra, se masturbaban pensando en las ubres de una vaca.

Dylan me folló la boca.

Lamí sus testículos hasta que eyaculó sobre mi frente y luego dentro de mi boca. Quería humillarme. Quería humillarme antes de nuestra cita, furcia, aunque él no sabía nada de que yo estaba quedando con su ex.

Quería humillarme. Y yo me sentí tan sucia que todo me pareció puro. Esa era la pureza en realidad.

No te engañes. Soy yo quien lleva la batuta. Soy yo quien lo humilla, la que saliva, la que muerde su glande cuando está a punto de correrse para que su orgasmo sea todavía más intenso.

Soy yo, furcia, puta foca, loca, loca de los miércoles por la tarde, la que le corta el tomate en rodajas para que coma y coma hasta saciarse.

Necesito que su semen sea espeso. Necesito que sea un hombre feliz. Un hombre que es capaz de superar al mismísimo Peter North, al que yo tampoco dudaría en follarme.

Podías seguir leyendo a Cioran y a Shelley, y a todos los poetas que yo colgaría de una farola como escarmiento para todas esas universitarias que llenan los Starbucks con sus portátiles tuneados, herméticas gracias a sus tampones y sus compresas con olor a lavanda. Universitarias. Universitarias. Putas bulímicas.

La vida es una. La vida se va.

No sé cómo pueden perder el tiempo aprobando asignaturas durante cursos enteros, en vez de abrirse de piernas allí mismo y ofrecerse a la Humanidad. Eso sería un acto de suma generosidad. Un acto de sumo amor. Foca. Puta. Puta. Qué pena de bala gasté contigo.

Por cierto, me encantan los vídeos de Peter North. No sé si lo he escrito antes. No sabes cómo me excita abrir mi agenda de *Mr. Wonderful* y leer la misma frase siempre, al lado de esas otras que actúan como laxantes para mí: *Voy a decir te quiero más a menudo, Recuerda que eres guapa, Me gustas más que el wifi gratis.*

Dylan tiene una polla enorme.

Llueve ahora. Necesito una ducha. Podrías haberme pasado el teléfono de una de tus amigas para estos momentos de soledad.

Dylan tiene una polla enorme.

Dylan me ha prometido una sorpresa y yo ya he cortado los tomates”.

## **CUARTA PARTE**

**Sí, te lo estás pasando bien:** la autoexcitación cuando estamos dando o recibiendo sexo oral es una de las partes más importantes para disfrutar. Pero, si además de pensarlo lo comentamos con la otra persona de una forma irónica, ambas partes alcanzarán un estado de estimulación mucho mayor. Miradas, gestos, caricias, sonrisas, gemidos... Venga, demuestra que lo estás disfrutando, ya estés arriba o abajo.

**1**

**Talking**

**Anna para Claudia**

“Quería eyacular siempre dentro de mi boca.

No estaba dispuesta a obedecer. Me gustaba que me follara el coño. Pero no

era suficiente con algo así.

Y yo no podía seguir el ritmo de las felaciones que me exigía.

Por lo que veo, parece que tú eres capaz de satisfacerlo. Quizá se ha vuelto menos exigente. Quizá, al romper conmigo, se percató de que no puede tratar a una mujer de esa manera.

No es que fuese solo obsceno, es que, además, empezó a darme miedo. Estaba obsesionado con ese tal Peter North. Estaba obsesionado con que no faltasen tomates en la nevera.

Era ciertamente estresante. No quiero que me malinterpretes. No quiero juzgarte. Leí una vez que cada individuo construye su propia concepción de la felicidad.

Sabes que no soy muy buena en crear frases demasiado complejas. Pero es cierto que lo leí.

Se te ve una mujer sofisticada. Y quiero darte las gracias por ponerte ese vestido. Ha sido todo un detalle. Lo mejor de todo es que nada de lo que te cuento parece asustarte.

Nada te sorprende siquiera.

Te limitas a escuchar y a repetir alguna de mis frases. Pero, ¿sabes una cosa? Me ayuda mucho. Me ayuda el hecho de quedar contigo cada miércoles en esta cafetería. Espero que no le hayas contado nada a Dylan. No quiero que ponga en peligro nuestra amistad. Sé de lo que es capaz. Quizá contigo sea distinto. Quizá teme perderte y ahora es otro hombre. Aunque dicen que hombres como Dylan no cambian nunca.

No quiero aburrirte más. El café se va a enfriar. Por cierto, ¿estás leyendo algo interesante últimamente?

Parece que no. Desde que Dylan me dejara tirada en la cuneta, no he leído nada que me emocione verdaderamente. He empezado una novela de Murakami, pero es un escritor que me desconcierta. Te lo prestaré. Quisiera saber tu opinión. Pareces una tía lista. Bueno, miento. Eres una tía lista. ¿Te has enterado de lo que le ha pasado a la cantante Ariana Grande?

Tienes razón. Hay demasiado ruido últimamente en este sitio. Deberíamos

buscar una cafetería más tranquila.

He visto que se ha abierto un centro comercial en el cruce de la cuarenta. Podríamos quedar allí el próximo miércoles. Por cierto, ¿qué tetas tienes? ¿Te has operado? Eres una mujer demasiado delgada para ese par de melones.

Estoy diciendo estupideces. Ten piedad de mí. Creo que es la medicación. Los antidepresivos tienen multitud de efectos secundarios. Ahora tomo menos ansiolíticos.

No debemos dejar nuestra conversación de los miércoles. Tienes un horario muy flexible en la universidad. Ojalá hubiese acabado mis estudios. No sé cómo me dejé llevar por un tipo como ese.

Es un animal. Dylan es un animal. No quiero confundirte. Pero a mí también me iba genial con él hasta que me echó de casa, hasta que me dijo que no era la mujer adecuada. *Adecuada*.

Tengo ese adjetivo grabado a fuego en la piel. Una palabra como esa puede cambiar una vida. *Adecuada*. ¿Qué significa eso? Dímelo, por favor. Me muero de ganas por saberlo”.

## Anna y Dylan

“El hielo no temblaba ya en el vaso. El calor de la noche nos sedaba. Notaba mi humedad entre las yemas de sus dedos. No era lo suficiente excitante. Quería escuchar mis gemidos sobre su torso desnudo. Quería que bebiese de mi boca antes de practicarle una segunda felación.

Cerré los ojos antes de que sus dedos volviesen a penetrarme en el diván. Un acto instintivo. Ausentarme del mundo. Ausentarme de mí misma. Intentaba resistirme, pero al final, estremecida, preferí dejarme hacer.

Quería la derrota, sentir mi propia derrota. Morder su glande. Morder sus testículos después de lamerlos impacientemente.

Esa teatralidad, tan propia de los vídeos de Brazzers, estimulaba también la suya, sus ansias de imitar a Peter North. Porque sabía que, en breve, su lengua estaría también dentro de mí.

Y no podría hacer nada más que sujetarme con fuerza, convencerme de que nadie me iba a lamer el coño como Dylan.

Y así, sigue sucediendo, furcia. Así debería habértelo contado mientras te dedicabas a resumirme el argumento de ese cuento de Lucia Berlin que tanto te conmovió.

No deberías haberlo leído.

Alguien que vomita cuando le meten una polla en la boca no puede leer algo como *Manual para mujeres de la limpieza*. No puedo tener piedad de ti. Puta. No: Para puta, yo.

Tú, eres la foca”.

## Talking

### Anna para sí misma

“Me detengo en varias secuencias de Peter North. Pongo a cámara lenta las eyaculaciones. Observo el rostro de las actrices. Estudio su lenguaje no verbal. La improvisación cede a la actuación cuando un tipo como ese descarga sobre las facciones de las chicas.

Sé lo que quiere Dylan y no puedo defraudarle. Tomo notas en mi agenda de *Mr. Wonderful*. Notas como: *Qué grande era Stacy Valentine. Cómo recibe la descarga de Peter. Donde otras cierran los ojos, la actriz no deja de mantener el contacto visual. Recibe una enorme cantidad de esperma en la cara y, para rematar, absorbe una extensa ración de juegos post-eyaculación. Así se hace un facial, amigos.*

No sé qué esperaba esa furcia que le dijera. No sabía lo que se había perdido. Dylan me trata muy bien. Sabe follar. Anoche, me trajo un regalo. Una amiga de la adolescencia. Todo tetas. Era todo tetas y tenía un cuerpo entrenado. Pelo largo. Tacones de aguja. Vestido de cuero. Un tópicico detrás de otro para recrear una escenografía porno de los ochenta. No sé de dónde salen estas tías. Parece que se fabricasen en serie.

Ella le chupó la polla mientras yo lo besaba en la boca. Su aliento a cerveza siempre me pone. Me metía el dedo por el culo y su lengua no dejaba de jugar con la mía.

Sonaba música de fondo. Era la jodida Ariana Grande. Lo que pidió su amiga. Una botella de *Bourbon* hervía encima de una mesa. La televisión estaba encendida. Estaban echando *El Padrino*. Menuda combinación con esa música para quinceañeras anoréxicas.

Antes de comenzar, la muy hija de puta sacó de su bolso, que parecía una cesta para caniches, un pen con las canciones de la niñata. Luego me besó en la boca y yo cedí. Me gustó. Y no le meto la lengua a cualquiera. Pero recordé algunos vídeos de Peter North, algunos tríos, donde el actor se mostraba



excelso y aquello me excitó.

Su amiga y yo nos besamos largo rato antes de que Dylan se decidiese a actuar. La joven, metida en el papel, presionó mis tetas con sus manos. Manos leves. Serenas. Tersas gracias a una crema de algas y otras mierdas ecológicas de las que me habló luego.

Dylan parecía no querer participar hasta que me puse de rodillas. Sí, eso es, hasta que me puse de rodillas.

Y ya no existía el mundo.

Hasta que su semen logró borrar mi rostro y solo pude decir: *Gracias* ”.

## 4

### Break

Las dos mujeres se sientan una frente a la otra. Lluve afuera. El aire se inunda de vapor. Parejas descienden por unos escalones. Es Claudia la que se detiene en esos detalles. Se detiene en la verdad de una realidad de la que quiere ser disidente. Como si no le importase nada el mundo. Como si, desde la infancia, no tuviese otra opción en esta vida que la de delinquir consigo misma, aspirar a la frustración como una forma de estar.

La luz de la tarde se quiebra en el rostro de la otra mujer, desmejorada, que viste con ropa ancha para ocultar su sobrepeso. A veces se miran. A veces hablan. Una está más cómoda que la otra, que prefiere jugar con la cucharilla entre los dedos. Que prefiere fijarse en las anomalías, en las deformidades, en aquellos rasgos que diferencian a unas personas de otras, personas que se sumergen en la oscuridad del metro, que no conocerán jamás a Dylan.

No siente envidia por esas mujeres que desfilan ante sus ojos, tras el ventanal empañado. Porque Claudia se alegra de que ninguna de esas universitarias, que ahora entra en la cafetería, temblorosas, empapadas, con sus tablets bajo la axila, tendrá la oportunidad de conocer a alguien como Dylan.

*Cabrón.*

En esa palabra, se resume el final de una eyaculación, cuando él se abate sobre el sofá y ella sigue de rodillas, recuperando el aliento, intentando regresar a la inmediatez que detesta, como detesta a esa mujer que tiene frente a ella, menos poderosa, con bolsas en los ojos. Párpados caídos. Pasto de la serotonina por píldoras.

*Furcia*, piensa mientras sorbe el café, mientras mira afuera, fingiendo que

escucha la letanía de su interlocutora, cuyos síntomas depresivos, la han conducido a un callejón sin salida.

*Furcia, si hubieses tragado. Si hubieses obedecido, te habrías ahorrado de toda esta mierda. La compasión no te va a rescatar de las ruinas,* murmura.

La lluvia no cesa. Las universitarias se conectan a la red. Las imágenes abortan la creatividad de sus cerebros, el ansia de conocer, de despertar a lo que Claudia denomina, sin ambages, en la intimidad de los ascensores y los cuartos de baño: *Mi pollón*".

## 5

### Talking

### Claudia para sí misma

“Si hubieses tragado, ahora tendrías un cajón lleno de lencería. Si hubieses tragado, habrías conocido a Lenny Kravitz en persona. Te habrías hecho fotos en su camerino. Dylan tiene amigos importantes en el mundo de las productoras.

Su popularidad va mucho más allá de sus negocios. Me cuesta creer que lo dejase escapar. Me cuesta creer que no quisiera chupársela cuando se lo ordenaba. Es un hombre que huele bien desde primera hora de la mañana. Pelo abundante. Torso oscuro. Mandíbula recta. *American express. Armani* en sus armarios. Depilación láser. Me faltan adjetivos para describir lo que a cualquier mujer cabal seduce en un hombre.

He cruzado la ciudad para comprar tomates esta mañana. Eran rugosos. Estaban cargados de jugo. Al cogerlos, no he podido evitar excitarme. Comprendía la finalidad de mi acción. Cruzar una ciudad entera a pie para que su semen se nutra de vigor, de luz. *Cabrón*.

Si hubieses tragado, Dylan no se habría separado de ti.

Pero te acogiste al indulto de la moralidad, al indulto de la corrección y la

rectitud. Nadie va a salvarte, furcia. De hecho, nadie lo hizo. Nadie fue capaz de extirparte de raíz el dolor que experimentabas cuando me observabas, cuando comprobabas que no era tu sustituta, sino alguien superior a ti, aquello que Dylan buscaba en una mujer.

Ahora descubro que es algo más que la obediencia. Ni siquiera se trata de sumisión. Sino de algo mucho más sencillo, pero que una furcia como tú, una gorda como tú, habrías rechazado con solo pensarlo.

Dylan buscaba una boca a la que follar. Simplemente eso. Ni siquiera quiere imitar a Peter North. Ni siquiera superarlo. Ese es el pretexto. Quiere una boca, una boca que succione para que el futuro no se le caiga encima hecho pedazos.

Furcia, no aprendiste a vivir de otra manera. Dejaste que el dolor echase raíces dentro de ti. En tu coño, por ejemplo. Asumiste que habías perdido. Eso fue un avance.

Asumiste, además, que no me ibas a sonsacar nada. Pero era estimulante indagar cada miércoles en tu fracaso, en el barro que cubría tus párpados, en esa envoltura adiposa que engullía lentamente lo que quedaba de tu insignificante alma”.

## 6

### Talking

#### Anna para Claudia

“Vomitó sobre sus zapatos. Y la otra mujer se echó atrás. Le jodí la noche. Y, al día siguiente, por la mañana, mientras preparaba café para los tres, me pidió que me marchara.

Su polla no me cabía en la boca, amiga.

No pude chupársela como Dylan quería.

La otra guiaba mi cabeza con sus manos hasta la base del pene. Pude sentir el calor de sus testículos en mis labios.

Pero tragué aire. Y mi diafragma me jugó una mala pasada.

Vomitó y lo salpiqué todo.

La mujer se echó atrás y se vistió rápidamente. Dylan no sabía cómo

reaccionar. Me hundí. Me postré. Me encogí. Habría dejado que me acuchillase allí mismo.

El fracaso no era vomitar. El fracaso no era mi incapacidad para chupársela como los dos pretendían. Mi fracaso fue esperar a que sucediera.

Debía haber ensayado con consoladores o con bananas. Muchas actrices y youtubers lo hacen. No fui precavida. No me dejó defenderme.

Serví el café. Ellos se besaban delante de mí. A la misma distancia a la que estás ahora, amiga. No me mires así. Sin rubor. Temiendo que te puede pasar lo mismo.

Después fregué las tazas. Hice la maleta. Salí del apartamento. Ellos follaban en el piso de arriba. Los gemidos de ella reverberaban por toda la casa. Resonancia de un éxito inesperado.

No me puse bragas. Esperaba que alguien se diese cuenta en el metro cuando se arrimase a mí. Pero nada sucedió.

Bajé en Euston Road. Era una tarde llena de luz. Polen en la atmósfera. Un aroma a lluvia reciente. Mi cabeza se llenaba de pensamientos sencillos. Nunca he sido buena construyendo frases demasiado largas.

Tuve problemas con la gramática inglesa.

Crucé Gordon Square después de media hora caminando. Me dolían los pies. Entré en una cafetería parecida a esta. Las lámparas parecían flotar en el aire y un tul azul cubría algunas mesas. Un cumpleaños o una despedida de soltera. No sé por qué me detengo en esta clase de detalles.

Pedí un trozo de pastel. Sí, un trozo de pastel. Yo, que siempre he odiado el azúcar. Y luego pedí otro. Y luego vomité, como hice la noche anterior delante de Dylan mientras su acompañante susurraba: *Tu boca es un coño*.

¿Qué podía hacer yo? Dime ¿Qué podía hacer yo? Perder. Perderlo. Pero creo que es mejor así, aunque me haya puesto como una foca. Ten piedad de mí, por favor.

Por cierto, me gusta esa blusa que llevas. Te hace unas curvas muy bonitas. Aunque supongo que Dylan ya te lo habrá dicho. Qué tetas tienes, por favor”.

## **QUINTA PARTE**

**Avisa antes de llegar a la meta:** pese a lo que vemos en el porno, a muchas mujeres no les gusta tragarse el semen, ni que se lo viertan en la cara. Es mejor avisar cuando se está llegando al orgasmo. Así tu pareja tendrá algo de tiempo para improvisar un final interesante.

# 1

## Talking

### Claudia para sí misma

“¿Qué podías hacer tú, furcia? Pegarte un tiro en la boca. Acostarte en mitad de la autopista.

¿Qué podías hacer tú, furcia? Debería habértelo dicho a la cara. Pero podría haber perdido las tardes que pasé contigo cada miércoles indagando en tu autodestrucción, en esa particular manera de administrar los celos. Mi madre no habría dudado en verter matarratas en tu café.



Es cierto que Dylan me había dicho que la blusa era perfecta. Me lo había dicho después de haberme besado en la boca y de haberme empujado contra el cristal de la mampara.

Bajo la ducha, las embestidas de su polla me forzaban a gemir con intención de aumentar su vigor, de hacerle saber que su manera de follar era única. Inédita. Y es cierto. Lo es.

Nadie me ha follado como él hasta ahora. Nadie folla como él. ¿Sabes una cosa? Le excita que tenga arcadas. Le excita creer que mi impotencia es real, que puede acabar conmigo en cualquier momento. Presiona con sus dedos en mi nariz mientras se la chupo. ¿Quiere que me asfixie? No, exactamente. Quiere comprobar que soy lo más parecido a ti, furcia.

Que soy vulnerable. Mi obediencia le fascina porque me hace vulnerable. Porque interpreto perfectamente el papel de esas actrices de los noventa, de esa Briana Banks o esa Belladonna que mamaban y mamaban hasta borrar su rostro en un mar de babas.

Me gusta que me borre el rostro. Me gusta no tener identidad. Asumir el vacío que genera tal podredumbre. Es una liberación. No ser. No saber. Es mi literatura.

Mientras me taladra con su polla, mientras se me revuelve el estómago, mientras las fuerzas me abandonan, mientras mi coño hace aguas.

¿Qué más le puedo pedir a la vida?

Cada eyaculación dentro de mi boca viene acompañada de una réplica que es aún más placentera, sostenida en una línea del tiempo que no puedo medir. Una línea, cuyo trazo se extingue frente a mis ojos.

Cuando eyacula dentro de mi boca, la aspereza se hace tangible. Lo abstracto deja de ser una propiedad para convertirse en cosa. Una cosa. La cosa. Mía. Solamente mía.

Solamente, foca”.

**2**

**Fucking**

**Claudia y Dylan**

“Necesita eyacular. Lo sé. El bulto en su pantalón lo delata. Tiene una polla enorme. Sabe utilizarla. Duele. Me duele cuando me penetra, pero el placer de

saber que solamente yo puedo satisfacerlo es suficiente para desearlo a cada momento.

Sonríe. Sabe utilizar su sonrisa. Sabe que tengo ganas a todas horas. Sabe que me gusta fijar los ojos ahí abajo.

¿Llevará los *Calvin Klein* que le regalé? ¿O no llevará nada?

Necesita eyacular. Tiene una polla enorme. Me excita escribir estas frases. Están cargadas de rendición y de suciedad. Y no hay nada tan adictivo como eso.

Está pagando en la barra. Mira su móvil. Nada que merezca la pena para dejar de mirarme. El hotel está aquí mismo.

Estoy húmeda. Mi coño. Es mi coño el que no deja de contraerse.

Tiene una polla enorme. Tiene todo lo que necesita alguien como yo. Haré todo lo que me pida. Porque sé que necesita eyacular. Porque así somos un poco más felices.

Porque lo escucho de su boca cuando me masturba.

Porque sencillamente mi coño tiene hambre”.

### 3

## Talking

## Anna para Claudia

“He perdido cinco kilos a lo largo de este último mes. Te lo debo a ti. Estas conversaciones me ayudan a respirar. Gracias a estos encuentros, sé que no hay nada malo en lo que hice.

Llegué a sentirme culpable por haber dejado a Dylan. Ahora sé que se trata de un problema de percepción. No te lo vas a creer. Desde que nos vemos, he mejorado mi sintaxis. Soy capaz de expresar frases más complejas. Las lecturas que me has ido recomendando me han hecho ver la vida de otra manera.

No sé cómo expresarlo. Ay, qué tonta soy. Acabo de confesarte que he mejorado mi sintaxis y ahora, en este instante, no me salen las palabras que necesito.

La novela de Doris Lessing ha sido un descubrimiento. Esa mitificación de la maternidad es todo un acierto a la hora de construir los argumentos y diseccionar psicológicamente a los personajes. De verdad, has sido paciente y muy generosa conmigo. Me apetece regalarte algo. Podemos ir a esa boutique de la última vez. Me animó mucho verte disfrutar. Entiendo que Dylan sea tan feliz contigo. Tienes un cuerpo precioso y pareces siempre tan entusiasmada con cada cosa que haces.

Yo no sería capaz de poner esa sonrisa. Parece que nació contigo.

El brillo de tus ojos, esos labios, esa boca, ese pelo que cubre tu espalda. No quiero imaginarlo.

No quiero imaginar cómo Dylan disfruta contigo. Seguramente tira de tus mechones para que su polla, su enorme polla, llegue hasta el fondo.

Perdona. No he podido evitarlo. Perdóname. Deja que te invite al zumo. Deja que te coja de la mano cuando salgamos de la cafetería. Somos dos mundos diferentes. Lo sé. Pero somos amigas, ¿verdad? Y las amigas se cogen de la mano. Se regalan cosas. Lencería. Maquillaje. Libros. Agendas. No sé. Chocolatinas. Bombones. Ansiolíticos. ¿Por qué no?

No tienes por qué tenerme miedo.

Soy demasiado impulsiva.

Quizá, por esa razón, vomité cuando Dylan metió la polla en mi boca aquella

noche. Tenías que ver la cara que puso.

Me entran ganas de reír cada vez que lo recuerdo.

Perdona, perdóname, ten piedad de mí. Pásame la sacarina. No, mejor. Hoy haré una excepción. Pásame el azúcar y el sirope”.

## Talking

### Claudia para sí misma

“Ojalá el problema fuese ese. Que sacó la polla de tu boca. Tenía que haberte estrangulado allí mismo. En realidad, querías que yo te cogiera la mano, porque era lo más cerca que ibas a tenerme. En realidad, querías que me probara esa lencería porque ansiabas verme desnuda. Te habría gustado comerme el coño, sobarme las tetas, probar mi boca.

Sabe a semen. Siempre sabe a semen. Tus amigas te regalaban libros para comerte el coño. Yo te prestaba libros también, pero no iba a comerme el coño de una foca.

El coño de las amigas de Dylan es otra cosa. Son modelos publicitarias. Coños con pedigrí. Coños depilados. Coños con vértigo. Coños que huelen a aceite de lavanda y de coco. Coños que viajan en business. Coños que se sientan en butacas de piel. Coños que prueban consoladores de titanio. Coños que liban la seda. Coños que se rozan con otros coños de elite. Coños top. Coños que se pasean por pasarelas y por Oxford Street los sábados de la mañana. Coños que transpiran. Coños que no sudan. Coños que sueñan conmigo y con mi coño. Coños que saben idiomas. Coños que estudian Derecho y leen a Sylvia Plath, sus cartas, sus ensayos, sus diarios. Coños que aprenden cocina francesa. Coños que hacen deporte. Coños que leen también a T.S. Eliot y que confían en la ternura de otros coños que aman la violencia de un pene como el de Dylan. Coños que imitan la ductilidad de esas bocas húmedas que sorben batidos de apio y mango antes de meterse una polla como la de Dylan.

*Dylan tiene una polla enorme.*

*Dylan tiene una polla enorme.*

No me cansaré de escribirlo.

El futuro no existe, salvo en la inmediatez de esa frase que dota de autenticidad a una existencia miserable como la mía.

Pero quiero que sea así. Bajo el yugo de quien gime caudalosamente y grita con la segunda eyaculación: *Putá*.

Cualquier día los vecinos llaman a la policía.

No puedo hacer nada.

El futuro que no existe es así. No es. O es. Una polla enorme. Eyaculaciones que reclaman su espacio. Su hueco. Su asidero.

No puedes entenderlo. Porque eras incapaz de mentir, foca. No habías perdido cinco kilos. Habías perdido el futuro. Eso era lo que habías perdido. Como yo, pero yo, al menos, tengo a Dylan.

Hoy pasaré por Hatchard's y compraré otro libro para ti. Ay, no, para ti, no. Se me ha olvidado por un instante que estás muerta. Nunca pensé en comerte el coño.

Yo me como los coños que me ordena Dylan. Yo, yo, yo, siempre yo. Entiéndelo. No podía tener piedad de alguien que no se amaba a sí misma, que no era capaz de renacer, de mantenerme la mirada.

Es lo que más odia Dylan. Que rompa el contacto visual cuando eyacula sobre mi rostro sin apuntar con sus manos, dejando que su polla fluctúe contra la gravedad.

No debo desperdiciar ni una sola gota, foca”.

## 5

### Fucking

#### Claudia, Dylan y una amiga

Espera que la bese en la boca. Su amiga espera también algo más que eso mientras sorbe su *Belvedere* y evita los ojos de Claudia.

No quiere dejar que se toquen. Lo han hecho antes. Fingían sus gemidos para provocarlo. Ahora es el turno de Dylan. Lo saben. Quizá lo temen y es excitante pensar algo así.

Que el sexo sea también una forma de temer.

Claudia se acerca.

El *Givenchy* que se ha regalado para esta noche es una segunda piel. Se inclina hacia Dylan que pasea los dedos por la parte de atrás de su pierna. Le encantan sus muslos. Así de sencillo. La amiga sigue mirando. Quiere ponérselo difícil a las dos.

Dylan puede resistirse.

Separa ahora las piernas de Claudia y hunde la mano derecha en su raja. Húmeda. Caliente. Lo hace con ansia, pero sin llegar a la precipitación. Lo tiene estudiado. Dylan está cumpliendo con las expectativas de cada una de ellas.



Lo estaban deseando. La noche se fuga a través de otra oscuridad que los tres albergan más allá del brillo de sus ojos. El remordimiento es una forma de penetrar en otros territorios tan reservados como hostiles. Por eso, se besaron delante de Dylan, antes de subir al taxi, antes de que se examinaran los pechos en el ascensor y volviesen a jugar con sus lenguas.

Una de ellas se apretó contra el cuerpo de Dylan, que se dejó.

Y dejó que no terminasen.

El jadeo de Claudia le pertenece. Es el jadeo que proviene de la necesidad y la adicción a un poder que no se puede describir ni materializar.

En breve, tendrá sexo con las dos.

Porque su amiga ha dejado el vaso y se toca. Le pide a Dylan con los ojos que abandone a Claudia, el cuerpo que yace en su regazo. Le pide que folle solo con ella. Así de sencillo.

Para no seguir mirando el placer en el cuerpo de Claudia, el sudor que emana de su espalda desnuda mientras se agita de una manera demasiado efectista. Su gesto es obscuro, pero Dylan necesita que lo sea. Que se siga tocando mientras sus dedos se mojan con un primer coño.

## 6

### Talking

#### Claudia para sí misma

“Quiero que no sea diferente. Pero una cosa es la realidad y otra es el deseo. Quiero que no me lo pida, quiero que abandone las palabras. Que me folle aquí mismo, sobre esta mesa, delante de esas parejas aburridas que se miran sin ganas de nada, que hablan sobre nada y duermen en camas separadas.

Quiero chupársela debajo de la mesa como en una mala película porno, donde Jenna Jameson se lame la pulpa de una de las abundantes descargas de Peter North.

Quiero que no sea diferente a lo que sucede en esas películas donde el coño de una actriz disfrazada de dama victoriana está siendo penetrado por la lengua de un tipo que conoce el éxtasis concentrado en un clítoris.

Que me folle aquí mismo, por favor. Como en una mala película porno. Pulpa entre mis labios. Dejad que abandone las palabras. Entended que hay otro

mundo más allá de la civilización.

No quiero ser como esa furcia que me pedía que la acompañara hasta un probador. No quiero ser como esa furcia a la que regalaba libros y que vomitó sobre los zapatos de Dylan.

Nadie, absolutamente nadie, tiene mis rodillas”.

## **SEXTA PARTE**

**Cuándo retirarte:** ya que os lo estáis pasando tan bien, haz el favor de no incorporarte con prisa. No te pongas inmediatamente la ropa interior. Una vez metidos en faena, ¿por qué no jugar un rato más? Recordemos que una de las partes no ha tenido un orgasmo y este puede ser un momento genial para darle protagonismo a sus genitales. Cuando llegues al clímax, asegúrate de que la otra persona sepa que esto no es el final.

# 1

## Fucking

### Claudia y Dylan

“No es suficiente. Quiero más semen.

Sus ojos queman todo lo que toco. Es la única forma que tengo para traducir lo que su cuerpo provoca en mí. No es suficiente. No basta con que nos hayamos besado una vez más en el interior del coche. Dylan conoce mi poder. Dylan sabe que yo también quemo aquello que miro.

Anoche, nos besamos incansables en el interior del taxi. No quería que

acabase la carrera. Emitía breves gemidos cuando tomaba aire, cuando quería deshacerse de mi boca con la cautela de quien, en pocos segundos, vuelve a por más. Las manos permanecían quietas sobre su regazo. La prudencia, su aparente prudencia, me resultaba todavía más estimulante.

La noche se hundía en la noche. Abrí las piernas, invitando a su mano a que se hundiese en mí, dentro de mí.

Pero no hizo nada. Porque Dylan conoce la adicción, la manera de tenerme siempre. Porque Dylan conoce la adicción a un cuerpo como el suyo, el poder que ejerce sobre otras mujeres. No es suficiente con eso.

Sus ojos queman todo lo que toco. Lo que imagino ahora bajo la ducha. Masturbándome. Deseando subir al taxi de nuevo, cuando salgamos del pub y Dylan me ordene, sin abrir su boca: *Cómeme la polla, puta*".

## 2

### Talking

#### Anna para Claudia

“No puedo culparte. Nuestra amistad está por encima. La novela de Virginia Woolf me parece estimulante. No quiero ser indiscreta, pero ya que, a lo largo de estos meses, nos hemos contado tantas cosas, no entiendo cómo puedes tener estos gustos literarios y permanecer al lado de un tipo como Dylan, un

maltratador, un auténtico hijo de puta, un dominador.

Sabes que te destruiré. Lo puedo leer en tus ojos. No voy a pedirte perdón. Quiero que me digas la razón de tu supervivencia. No voy a regalarte más lencería. Estoy harta. Aburrida. Creo que me huele el aliento.

No voy a leer más libros.

No vas a comerme el coño, aunque lo hayas pensado.

No voy a perder peso.

No voy a dejar los ansiolíticos.

No voy a follar con más hombres.

Los consoladores me liberarán de toda opresión.

No voy a reflejarme en los espejos.

Solamente tengo ganas de escupirte.

Solamente tengo ganas de borrarte.

Borrarte conmigo.

Me follaría a Dylan. Me arrepiento de haber vomitado aquella noche. Me arrepiento de haber engordado. Pero el hecho de arrepentirme de todo esto no significa que vaya a dar marcha atrás. He perdido. Definitivamente he perdido. Mi lenguaje es una contradicción.

No voy a regalarte nada más.

No voy a cogerte de la mano.

Me recuerdas a mis amigas de la universidad.

Tienes un buen par de tetas.

Los antidepresivos me secan la boca y me obligan a decir lo primero que pienso.

He perdido el tiempo contigo.

No sé qué buscaba al venir cada miércoles a esta cafetería.

No me gusta el café.

No me gusta la leche fría con el café.

No me gusta el semen que ingieres. Miento. Sí que me gusta.

Cada vez que folláis se me revuelven las tripas.

La diarrea es un rasgo de mi madurez.

No me gusta masturbarme pensando en vosotros cada noche, cada maldita noche de invierno, mientras oscurece sobre Gordon Square y la humedad entumece mis piernas.

A veces, solamente a veces, puedo hablar desde la complejidad, desde el ornamento.

No me mires así. Ten piedad de mí. Te lo suplico. Puedes hacerlo. No sé lo que digo. Sé que todos me miran.

Estoy enferma. Muy enferma.

Necesito tu gratitud, la generosidad que desprendes cuando me coges de la mano.

Mejor será dejar de vernos para siempre.

Pero necesito tu ayuda. Por última vez. Mira mi bolso. Tengo un arma. Dos balas. No falles por favor. Es muy fácil apretar el gatillo. Es un arma fabricada para adolescentes.

No sé si te pido demasiado. Pero no puedo seguir así. Es cierto que Dylan tiene una polla enorme. Es cierto que los celos me devoran por dentro. Los ansiolíticos y los antidepresivos están sobre la mesa de la cocina. Llévatelos. Tienen demasiados efectos secundarios. Yo misma soy un efecto secundario. Ten piedad de mí.

No me hará falta al otro lado.

Sí, lo sé. Soy una caja de sorpresas. He comprado una cámara frigorífica. Mete mi cuerpo en su interior así mi cadáver no se pudrirá. Serás libre al fin. Y Dylan, también.

Echo de menos su polla. ¿Sigue eyaculando en abundancia? ¿Te gusta chupársela, verdad? Lo entiendo. Puedo entenderlo. Es adictivo.

No, es algo más que eso. Mierda. No sé cómo expresarlo. Bueno, ya es tarde para preguntar por los detalles.

Te prometo que no te pasará nada. Tendrás libres los miércoles por la tarde. Más tiempo de ocio para chupar la polla de Dylan. Saber y no saber. Se me va a enfriar el café. Respétame cuando escupas sobre mi cuerpo.

Reza lo que sepas. Reza como yo nunca he sabido”.



## Claudia y Dylan

“Arrastro sus manos hasta mis tetas. La erección roza mi espalda. Mi vestido se desliza como si no existiese la gravedad. Un nido a mis pies. Tiemblan mis piernas. Su polla está a punto de estallar. Tengo unas ganas tremendas de que me la meta. Estoy húmeda. Su lengua lame mi nuca y luego es su boca la que participa. Sus labios aspiran la humedad de su saliva sobre mi piel. Ya estoy desnuda.

El televisor sigue encendido. Echan una película porno, un clásico por la secuencia en la que Peter North llena la boca de tres amigas en el borde de una piscina. No hay nada original en esa interpretación y eso es lo que hace que todo sea más inspirador. Es todo tan primitivo.

Me soba las tetas. Su aliento caliente se convierte en un jadeo que busca la complicidad de un gemido que guardo para mí.

Mi coño no resiste. Mi boca se llena de saliva. Necesito besarlo, pero, al mismo tiempo, necesito que no deje de respirar sobre mi nuca.

Se entrega. Se está entregando. Su polla accede a mí. El fuego no cesa al otro lado de un reflejo turbio sobre los espejos que nos descubren.

Ya no somos invisibles. Una sola piel. Eso somos.

En eso nos hemos convertido. Impacientes. Sin medir la ansiedad. Somos una piel sin fronteras. Una piel. Somos el baldío, el baldío de mi coño que se llena de sus jugos, que se funde con la claridad”.

## 4

### Ending

#### Anna y Claudia

Evitan la proyección de sombras de un edificio que ha sido abandonado. La gentrificación está haciendo estragos en la ciudad. El cielo pesa sobre los hombros de la más joven, una tal Claudia, la de los tacones de aguja, la de los pantalones apretados, la del suéter en el que se puede leer: *Cada minuto que pasa son sesenta segundos de felicidad.*

El parque queda más atrás, cerca de la cafetería de la que han salido, sin prestar atención siquiera al desfile de disfraces. La mayor, que ya no coge la mano de Claudia, suda, sencillamente suda.

Tiene un problema de sobrepeso que está afectando gravemente a sus arterias. Si no vigila esos kilos, puede que sufra un infarto en poco tiempo o se acentúe su incipiente problema de artritis.

Carga con un bolso nada elegante, un complemento que no merece ni la categoría de *vintage*, un símbolo consumado del deterioro personal de esa mujer que no tiene la agilidad de Claudia.

Aunque probablemente la tuvo alguna vez, especialmente cuando era devota del esquí de fondo y de la natación.

Cogen un autobús. ¿Están nerviosas? No lo parece. Más bien están ávidas de darle un sentido a esas conversaciones de los miércoles, expectantes de un acontecimiento que se podría calificar de funesto a la par que trascendente.

No hay otro desenlace. Unos hombres miran a Claudia con intención de desnudarla pacientemente. No es la primera vez, ni la segunda, ni la tercera que le sucede. Por esa razón, Claudia odia el transporte público. Cuando le crecieron las tetas, optó por caminar a pie antes que por subir a un autobús.

La ciudad se borra a través del cristal. Los contornos difusos se mezclan con una franja de luz pobre que está dejando de alumbrar las cosas del mundo. La mujer que mira a Claudia, la que cree ser su amiga, sonrío de vez en cuando.

Esa sonrisa es un gesto que su acompañante interpreta como un símbolo de debilidad, un lenguaje que no oculta nada importante, sino la insignificancia de un ser reducido a cenizas, inerte, inútil, no capaz de armarse de valor para olvidar a un hombre y todas sus circunstancias.

Después de veinte minutos, el autobús se detiene. Bajan en un apeadero. Una modelo con labios hinchados y tetas operadas las acoge tras un cristal. Promoción de lencería. *Givenchy*. Claudia no puede evitar detenerse en las formas de un cuerpo que parece inalcanzable. *Debe chuparla bien*, masculla sin que la otra mujer perciba ese detalle cargado de morbosidad y fascinación momentáneas.

Un policía se cruza como se cruza también un perro sin dueño. Dos ciclistas ascienden hasta una loma. Unas sombras que parecen figuras humanas se desvanecen cerca de la pareja. Niños disfrazados de lobos y leñadores rompen el silencio de un barrio desahuciado. Claudia y la otra mujer cruzan el umbral de una fachada victoriana. Se trata de una rehabilitación abandonada por falta de presupuesto.

Toman un ascensor que es un esqueleto de alambres que aúlla cuando desciende. Claudia calla mientras su acompañante parlotea.

Surgen frases sin sentido que construyen una declaración de intenciones que no lleva a ningún sitio. Dice Claudia que una vez mató a un hámster. Lo acarició con demasiada fuerza. Como el personaje de esa novela de Steinbeck.

La luz desaparece.

Una lamparilla sin edad ilumina el vacío de un salón que recuerda a un quirófano. El silencio se apiada de ellas, las sume en un tiempo desconocido, pese a que la ciudad hierve afuera.

Se escuchan fuegos artificiales. Será el final de una fiesta o la inauguración de una tienda de ropa para bebés. Su fulgor alumbrará las plazas donde los ancianos dormitan mientras arrastran los pies sobre senderos de arena de gato.

La mujer se desnuda. Cruza los brazos sobre sus pechos. La grasa ha esfumado el contorno curvilíneo de sus implantes de silicona. Se arrodilla torpemente. Un color aciano inunda sus ojos. Palpitan luces al otro lado de un muro.

Un fogonazo rojo. El disparo atraviesa el sonido, todo lo inmaterial. La mujer cae al suelo.

Claudia parpadea. Se sienta en una silla. Se quita los guantes. Un color rosa pálido. Imitación de piel. No piensa. Mira el cadáver. Deja el arma sobre la mesa. Se levanta en una sola acción a los pocos segundos. Como un resorte. Saca el móvil de su bolso.

Lee algunas notificaciones. *Spam* de maquillaje y vestidos de enfermera. Avanza hacia la cocina. Es un zulo de color gris. Abre la cámara frigorífica. Y no le sorprende lo que adivina dentro. Solo encuentra tarrinas de helado y alitas de pollo para freír.

No piensa. El silencio extingue el silencio. Parece mimetizarse con otra realidad que va más allá de la carne y de todo lo inerte.

Saca una de las tarrinas. Regresa a la silla. Espera a que se descongele un poco. Solo un poco. El envase se vuelve blanquecino. Los fuegos artificiales cesan. Ruidos de ascensor. Matraqueo de tuberías. “*Un piso de mierda*”, susurra mientras desprende la tapadera y empieza a degustarla hundiendo su dedo índice en la crema para llevárselo luego a los labios.

Una vez que acaba, cierra la puerta. El cadáver se pudrirá. Coge el ascensor. Nadie sabrá nada de Anna hasta pasadas unas semanas. Una sensación de orfandad y abandono envuelve el lugar de la ejecución.

Sale afuera. Un resplandor castiga sus ojos. Claudia camina por la acera. Sus tacones resuenan como un tambor de guerra. Cruza hacia la librería. En el escaparate, *50 sombras de Grey* y unas novelas de Sheila Maldonado y Anny Petterson. Destacan sobre el fondo por sus portadas de cromatismo hipnótico. Entra. Están a punto de cerrar. Alguien la saluda. Y Claudia frunce los labios.

Podrá hacerlo todos los miércoles. Ahora que la ex de Dylan está muerta, ahora que el frío de Londres será más suave, ahora que habrá más tardes con sol, las visitas a la librería ocuparán ese tiempo.

Busca una novela. Busca un poemario. Tiene la intención de escapar de sí misma como hace en este instante en que sus dedos, motivados por una curiosidad creciente, acarician el lomo de una nueva edición de *Americana*, de Don DeLillo.

Sonríe cuando se adentra en el libro. Lee unas líneas. A Dylan le gustará. Está segura. Es Don DeLillo, el novelista caótico y que teme la tecnología. Se da la vuelta. Una sombra se cruza con ella. Una sombra no humana. En el mostrador, deja un billete.

Una mano lo arruga y el dinero se evapora.

Cuando sale a la calle, Claudia siente el amable temblor de la multitud que se disipa hacia sus casas. Un cielo de acero muere en sus ojos achinados. Tiene hambre de polla. Tiene sed de semen.

Su piel supura sexo. Un perro ladra a lo lejos. Dentro de su cabeza concretamente. Camina. Se pierde. Como solo ella sabe hacer. No le dolerán los pies. No tomará más café por un tiempo indefinido.

Va con un libro.

**Nota:** Las introducciones de las diferentes partes son fragmentos adaptados del artículo “8 reglas para que el sexo oral sea realmente satisfactorio para los dos”, publicado en *El Confidencial* por Alba Ramos, el 4 de marzo de 2015.

## **Tu opinión me interesa**

Tras la lectura de alguna de mis obras, puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi e-mail personal: **ulisesnovo7@gmail.com**. Encontrarás mi perfil tanto en Twitter, como en Facebook o en Instagram.

En este enlace para Amazon, podrás encontrar todas mis obras:  
**<https://goo.gl/WSwkDh>**

Gracias por leerme.

## **Breve nota biográfica de Ulises Novo**

Ulises Novo es el pseudónimo de un antropólogo, escritor y crítico literario con numerosas publicaciones a sus espaldas. Su trabajo actual está vinculado a sus dos grandes pasiones: la literatura y los medios de comunicación. Puedes encontrar gran parte de su oficio como articulista en el periódico de análisis global Mundiario: **<http://www.mundiario.com/author/ulisesnovo>**.

Ha ganado numerosos premios literarios y todas sus obras reflejan su corrosiva visión sobre la crisis de valores en la que está sumergida la sociedad actual. La pornografía, las enfermedades mentales y la violencia son formas de expresar la soledad y el estrés en el que vive una sociedad como la nuestra, siempre al borde del colapso.

El sociólogo Zygmunt Bauman ha definido esta coyuntura como “sociedad

líquida” porque las vidas de los ciudadanos, sin rumbo fijo, están inspiradas en la precariedad y la incertidumbre.

Los trabajos de Ulises Novo son una forma cruda y severa de indagar en esa concepción sobre nuestra forma de convivir.